

Éxito sin precedentes

obtendrá el tercer libro de

Los Grandes Films

de

*La Novela Semanal
Cinematográfica*

El prisionero de Zenda

monumental producción magistralmente
interpretada por los mimados "estrellas"

Ramón Navarro, Alice Terry,
Bárbara-La-Marr y
Lewis Stone entre otros

Rica presentación - Emocionante argumento
Profusión de fotografías

¡Éxito asombroso! ¡Sensación!

No deje de comprarlo

E. VERDAGUER MORERA.-TOPETE, 16.-TARRASA

La Novela Semanal Cinematográfica

N.º 81

25 cts.



Rosario la
Cortijera

por
Felisa Ruíz Romero

FilmoTeca
de Catalunya

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Redacción / Gran Vía Layetana, 17
Administración / Teléfono 4423-A
BARCELONA

AÑO III

N.º 81

Rosario la cortijera

Película inspirada en el popular drama de
JOAQUIN DICENTA y MANUEL PASO

Protagonista: Felisa Ruiz Romero

Edición FILM ESPAÑOLA, S. A. ---: MADRID

Concesionario para Cataluña, Aragón y Baleares:
Enrique Pifiol -- Rambla Cataluña, 63 -- Barcelona

Argumento de la película de dicho título

Con esta novela se regala la postal-fotografía de JACQUELINE LOGAN

I

Todas las tardes, cuando el sol declinaba, el señor José y su mujer, la señora Prudencia, refugiábanse huyendo del calor del día a la sombra de un emparrado que adornaba con tiernas hojas y vástagos reverdecidos el frontis de la casa de su cortijo «El Olivar».

Allí los dos viejos, gustando del reposo de la hora, comentaban los pequeños incidentes de sus vidas, ya en el ocaso, al mismo tiempo que seguían con miradas de gozo el ir y venir de su hija Carmela, mocita airosa, de rostro vivaracho en el que deslumbraban los ojos, y cuerpo majo con movimientos llenos de armonía y formas adorables.

—¡Qué lástima!—exclamó de pronto el señor José mirando a su hija.

—¡Y que lo digas!—comentó la señora Prudencia.

Carmela entreteníase cogiendo flores de una rosaleta que se extendía por un muro exornándolo con los colores claros de sus rosas blancas.

—¡Qué lástima que su pretendiente sea ese fantasmón de Varillas!— volvió a exclamar el señor José rematando su pensamiento.

—¿Pues qué tiene Varillas?—preguntó Carmela volviéndose y encarándose con sus padres.

El señor José miró a su hija con sorna y movió la cabeza con blando gesto de pena.

—Yo lo encuentro muy guapo —añadió—. ¡Tiene unos ojos!... ¡Y unos andares!...

—¡Y una labial!...—le interrumpió su madre.

—Bueno, como hablar no habla mucho.

—Es que el pobre es así... un poco *parao*—dijo el señor José riéndose.

—Ya se soltará, padre; déjelo usted. Pero no me diga: Varillas es un buen mozo. ¡Y hay que ver la frente que tiene! Es una frente de *pensaor*.

Y la mocita siguió recordando las buenas prendas del hombre tímido que, desde algún tiempo atrás, la pretendía sin atreverse a decirselo.

Paco Varillas era un mozo apocado e irresoluto, torpe en la frase que titubeaba en sus labios como asustada del ruido que podía producir. Había en sus ademanes el encogimiento que se trasluce en el carácter de los pobres de espíritu y sólo sus miradas sabían expresar las torturas de su alma, siempre turbada en la proximidad de las gentes y temblorosa como un pábilo si Carmela le sonreía invitándole a revelar sus sentimientos.

Como de costumbre, aquella tarde se presentó en el cortijo. Indeciso entre acercarse o

volver sobre sus pasos, Varillas llegó al fin al lado de la joven, la miró sesgadamente, con descaro después, y, cuando ya iba a decirle que la quería, titubeó, las palabras se le atragantaron y con cierta dificultad expuso el siguiente juicio:

—¿Has *notao*... que, en cuanto calienta el sol, ya no se siente el frío?

Carmela observó perpleja a Varillas, y como éste, acometido de tenaz mudez, no desplegara los labios, se entró en la casa dejando tras sí las huellas de su despecho.

El señor José y la señora Prudencia formaban un matrimonio bien avenido, sin otras sombras en sus vidas que las inquietudes que les producía la suerte de su hijo adoptivo, Manuel, «el Rondeño», al cual habían recogido de niño y que mozuelo aún dedicóse al arte de Cúchares, llegando con el tiempo a ser el torero de más fortuna resolviendo esa ecuación que, según Noel, tiene su incógnita en los cuernos.

Durante las vacaciones de su arte de sangre, de seda, de oro y de sol, Manuel solía pasar largas temporadas en el cortijo de sus padres. Precisamente por esta época llevaba buen tiempo viviendo con los viejos; y si ahora no lo encontramos cerca de los suyos, es porque, en su propio interés, ha ido a una ganadería a elegir los toros que debe matar en una corrida próxima a celebrarse.

El mayoral de la ganadería llamábase Rafael, hombre recio y de noble figura, joven aún y de alma abierta a la amistad y al sacrificio.

El y «el Rondeño» visitaban juntos los pastos admirando la planta de las reses.

—Mira qué lámina tiene aquél—dijo «el Rondeño», fijándose en un berrendo fino de agujas, fuerte y poderoso—. Voy a verlo de cerca.

—Ten cuidado— le previno el mayoral.

—¡Bah! Ellos y yo nos conocemos de antiguo.

—Siempre es bueno prevenirse. Nunca se sabe cuándo puede ocurrir una desgracia.

El torero aproximóse a la res. De pronto oyó un grito a sus espaldas:

—¡Manuel, que te acomete ese toro!

Sin tiempo para defenderse, «el Rondeño» sintióse arrollado por el ímpetu de una embesitada furiosa. Corrió el vaquero en su ayuda y capoteó al toro, librando así al amigo, a quien por fortuna no había enganchado el bicho, de una muerte segura.

—Te debo la vida, Rafael; para mí tú eres ya como un hermano.

—Lo mismo hubieras hecho tú por mí.

Desde aquel instante, el torero contrajo con el mayoral una deuda de gratitud.

Al día siguiente, «el Rondeño» dejó el cortijo para correr el albur de una lucha con la muerte en el coso de una ciudad castellana.

* *

El señor José tenía una sobrina, de nombre Rosario, a la que el fallecimiento de su madre acababa de dejar huérfana. Al encontrarse sola, la joven acordóse de sus tíos, cuya bondad le era conocida y, haciendo un atado con sus ropas, abandonó el pueblo encaminándose al cortijo.

Abrumada por la angustia del desamparo, la huérfana marchaba por los campos andaluces, recalentados bajo un sol que parecía cortar la atmósfera con puñales de fuego. No se descubría un árbol hasta donde alcanzaba la vista. Una llanura inmensa, cubierta de cardos y retamas, extendíase limitando el horizonte.

Inadvertidamente entró en una dehesa y prosiguió su camino, ajena a los peligros que la rodeaban.

Rafael divisó a la joven e hizo galopar el caballo que montaba en su dirección.

—Desvíese de aquí. No se vaya a encontrar con algún toro—le dijo cuando la tuvo al alcance de su voz.

Rosario esperó a que se le acercase el mayoral quien al verla no pudo disimular la impresión que le produjo la belleza ardiente de la forastera.

La sobrina del señor José poseía el cálido encanto de un cuerpo lleno y ágil. En su rostro moreno de piel suave lucía la boca como una hoguera y los ojos, hondos y negros, dejaban adivinar un temperamento imperioso y pasional.

—¿Estos terrenos son de una dehesa?—preguntó ella.

—Yo soy el vaquero—repuso Rafael.

—¡Ahl... Tengo un primo que es *mataor*. Se llama «el Rondeño».

—¿Manuel?... Si somos amigos. ¿Entonces usted es sobrina del señor José?

—A su cortijo voy... Se me ha muerto la madre y me he *quedao* sin amparo.

—¡Si que ha *sio* una desgracia!

Seducido por Rosario, Rafael la siguió hasta el cortijo, donde los padres de Carmela la acogieron cariñosamente, aceptándola como una hija más.

Desde aquel día el vaquero cortejó a la muchacha, y ella, halagada al advertir la codicia de su belleza en los ojos de él, en sus palabras temblorosas y en el tesón con que la enamoraba, accedió a corresponderle.

Los viejos favorecieron con su asentimiento estos amores.

—El es un hombre *trabajaor* y *honrao*—dijo el señor José.

—*Tóo* lo que se diga de Rafael es poco—

asintió la señora Prudencia—; pero ella se lo merece.

—Pues no hay más que hablar.

Viendo realizados sus sueños, el mayoral, en su necesidad de hacer partícipe a alguien de su alegría, refirió a su compañero Garrocha el triunfo de sus ilusiones.

—Es una mujer como para partirse el alma queriéndola— le dijo—. Tú ya la conoces. Figúrate que de *cuantico* que laví me dije digo: «¡Rafael, te has *colaol*!» y me colé.

En el calor de su entusiasmo, al vaquero pasóle inadvertida la expresión de odio con que Garrocha le oía, pues ignoraba que aquel hombre era su peor enemigo desde que le nombraron mayoral de la ganadería, puesto que Garrocha ambicionaba.

Mientras tanto Paco Varillas luchaba con su timidez, falto de ánimos para declararse a Carmela, que todas las tardes mirábalo llegar con la misma esperanza y todos los anochecerés mirábalo marchar con el mismo despecho, porque el infeliz no acababa de decirle lo que ella deseaba oír de sus labios.

—¿Para qué me buscas si no se te ocurre *na* y te atarugas en cuanto me ves?—le preguntó en cierta ocasión.

—Mira... este... yo...

—Desembucha de una vez, hijo.

—Es que... no vengo *preparao*... y como uno no tiene costumbre de hablar pues...

—¿Ya te atarugaste?

—No... es que... ¿sabes?... ¡*Na*, que no *pueo*!
—afirmó con profunda desesperación el coraje de Carmela.

—Pues me ha dicho mi padre que el mocito que me lleve ha de ser torero, como mi hermano.

Varillas temió desmayarse. ¡Torero éll!...

—Eso es una broma del señor José.

—*Pa* bromas estamos. El que me quiera así, me toma y si no, me deja.

Varillas hizo un nudo en el pañuelo que usaba como corbata, ladeóse el sombrero, ciñóse la chaquetilla volvió a hacer otro nudo y otro más; luego sonrió, irguió el cuerpo en seguida y decidido a todo antes que perder a Carmela, determinó romper con la cobardía de su pasado, lanzándose a una aventura que probase su valor.



—*Pa* bromas estamos. El que me quiera así, me toma y si no, me deja.

Después de meditar las palabras de la hija del señor José, Varillas acordó salir al campo, buscar un toro y, chaqueta en mano, ponerse delante de la fiera y achicar al «Rondeño».

Como lo pensó lo hizo; pero no fué un toro, precisamente, el objeto de su lidia. Cierto que anduvo buscándolo. Cierto también que él sabía donde podría encontrarlo. Ahora que...

Varillas se formuló la pregunta siguiente:

—¿En qué se diferencia un burro de un toro? Ese burro, por ejemplo—se dijo señalando uno que pastaba allí cerca—, ¿quién aseguraría que no es capaz de embestir?

Las preguntas de Varillas no carecían de lógica. Entre un burro y un toro se puede señalar más de una semejanza. Los dos son bestias, los dos andan á cuatro patas, los dos, para vivir, sólo necesitan un buen prado...

Varillas concluyó por persuadirse que un burro es casi tan temible como un toro y, acto seguido, acercóse al ejemplar que tenía más cerca comenzando á torearlo: primero le dió un paso de pecho, luego otro por alto, siguió con cinco verónicas en las que llegó a extremos de verdadero valor, hasta rozar las orejas del rucio, y después de derrochar arte con una audacia sin límites, seguro de que si no era aún torero, ello debía exclusivamente a que nunca se lo había propuesto, volvió al cortijo, donde halló al señor José bajo los efectos de una borrachera de arriba abajo mirando con desconsuelo una botella vacía y dando bandazos como barco expuesto a irse a pique.

Aunque nos cause cierta pena descubrir el vicio del padre de Carmela, no podemos ocultarlo, a menos de atentar contra los fueros de la verdad.

Al señor José le gustaba el *morapio*, cuanto más tinto mejor. Este era su único defecto.

La vigilancia activa de su mujer y su hija no bastaba a evitar que, algunas veces, aprovechándose de un descuido de las mujeres, el viejo arramblase con unas cuantas botellas y una tras otra las vaciara en su garganta. El no procedía así por ofender ni molestar, sino porque le gustaba el vino.

Varillas satisfecho de sí mismo, hasta la

ofuscación, por las proezas que había realizado, no paró mientes en que el señor José se derrumbaba a consecuencia de su borrachera.

—¡Señor José, vengo a decirle que quiero ser torerol

A pesar de su embriaguez, ante la enormidad del deseo de Varillas, el señor José se espabiló:

—A ver... repítelo... No te he oído bien...

—*Na*, que quiero ser torero y necesito que hable usted a Manuel para que me ayude.

El padre de Carmela se alborotó con la risa de una alegría estupenda.

—Varillas, tú no estás bueno de la cabeza... Soy yo quien te lo digo... Varillas, tú estás borracho...

—No estoy borracho, señor José. Lo que digo va de veras.

—¡*Josú*, qué borracho vienes, Varillas!... Te has *fixao*... ¡*Tié* gracia! ¡Pero que mucha gracia!... torero... Es como *pa* que le den a uno calambres a fuerza de reirse...

—Que hablo en serio, señor José—repuso Varillas amoscado.

—¿Dices que en serio?... Acaso sea verdad, pero deja que me ría.. Te voy a dar unas *lecciones pa* que aprendas.

Levantóse el viejo y se tambaleó. Presentóse entonces Carmela, y como su padre hubiese dado con su cuerpo en el suelo al querer enseñar al neófito de una manera práctica los principios del arte en que su hijo adoptivo era maestro, fué ella la que se encargó de continuar la clase.

—¿De veras quieres ser torero?

—Quiero ser lo que tú quieras con tal de que no me falte tu cariño.

—Pues yo misma te enseñaré a que torees con gracia.

Y el cuerpo de la mocita hizo con garbo unas

cuantas suertes gentiles, que llenaron de asombro a Paco.

Aquella noche, Rosario, mientras oía las frases eternas con que Rafael le expresaba su pasión, ensimismóse acariciando una idea que tenía en brasas su curiosidad.

Un instante interrumpió a su novio para decirle:



—...Te voy a dar unas lecciones pa que aprendas.

—Mañana llega mi primo Manuel, al que no he visto hace años.

El mayoral apenas si hizo caso de la noticia, atento sólo a recitar las estrofas de su fervoroso entusiasmo, que todos los días encontraba alimento en el fuego de los ojos de su novia.

—¿Sabes, mi Rosario? No pueo con el cariño que llevo en mi alma. ¿Y tú?

Ella no contestó. Su pensamiento dirigióse

al hombre a quien los aplausos y el dinero aureolaban con un prestigio de galán de romance.

—¿No me oyes?

—¿Qué decías?

—¡Que te quiero, *na* más!

—Yo también te quiero—dijo Rosario con voz fría.

El aspiró estas palabras con el alma asomándosele a los ojos.

—¡Vuélvelo a decir! ¡Dime otra vez que me quieres!... Pero mi cariño es aún más grande, como una gloria llena de sol y de alegría... Mira, por tí yo sería capaz de *tóo*, hasta de arrancarle la vida al hombre que se pusiera entre los dos...

Y Rafael, dichoso y encendido por la fiebre de su devoción amorosa, siguió diciendo las frases locas, rotundas y sensuales, que le dictaba su entusiasmo.

Y cerca de ellos, Carmela, asomada a la reja de su cuarto, soñaba que Varillas también estaba a su lado descubriéndole el secreto que tanto tiempo había tenido oculto en su alma.

II

La llegada del torero al cortijo fué como una fiesta. El señor José y la señora Prudencia, Carmela y Varillas, Rosario y Rafael, todas las personas que estaban unidas por vínculos de sangre o de amistosa afección al «Rondeño», acudieron a recibirle.

Al ver a su prima, Manuel preguntó a su madre:

—¿Y ésta?

—¿No recuerdas?... Es Rosario, que vive ahora con nosotros.

Se tendieron la mano y la de ella tembló al contacto de la del torero.

En su imaginación de mujer a la que des-

lumbraba la aureola de gloria y el estruendo de los elogios con que siempre sonó a sus oídos el nombre de su primo, éste adquiriría un relieve de hombre extraordinario, de héroe con el prestigio que concede el aplauso de las multitudes: y sintiéndose admirada por él, cuyos ojos ahondaban en su belleza excitante, estremeciéndose con un ansia que le sacudía la carne y llegábale al alma.

El saludo de Manuel y del mayoral tuvo la efusión de una fraterna cordialidad. Rosario pareció extrañarse de ello y su tía le explicó:

—Son como hermanos; mi hijo le debe la vida.

Y refirióle el lance acaecido meses atrás en la ganadería.

Del grupo destacó entonces el pretendiente de Carmela, al que empujó el señor José diciendo:

—Aquí tienes a este valiente que quiere ser torero.

—¿Es verdad lo que dice mi padre?—preguntó Manuel.

—Aunque lo haya dicho riéndose, verdad es—contestó Paco.

—Pues mañana en la tienda probarás tus facultades.

Varillas volvióse a mirar a Carmela. Estaba seguro de su valor, inédito aún. Su gesto era el del hombre satisfecho de sí mismo que a nada teme, y Carmela, complacida de tan excelentes disposiciones, correspondió a su actitud con un sugestivo ademán lleno de promesas.

—Si quedas bien—le dijo—mañana, por la noche, te espero en la reja.

Paco contuvo los brincos que le daba el corazón dentro del pecho. Fijó sus ojos en el señor José y en voz baja murmuró:

—Te haré una seña antes de acercarme para que no me sorprenda tu padre.

Indudablemente, Varillas había nacido para pasarse la vida detrás de un burladero.

Amanecido ya, los invitados a la tienda tomaron asiento en los coches de colleras que debían conducirlos a la ganadería de la que Rafael era el mayoral. Carmela no quiso asistir a la fiesta.

—Conmigo no cuenten—dijo.—Me da miedo que Varillas, por amor propio, se deje coger por un toro.

A lo que repuso su padre:

—Pues no te apures, que a Varillas no lo coge un toro... como no le tire un cuerno.

La mañana era gloriosa. Toda la luz del cielo meridional irradiaba del cielo magnífico sobre los campos húmedos de rocío. Respirábase un aire saturado de esencias de miel: el canchaleso y la mejorana, el tomillo y la hierba buena desperezábanse en la frescura de aquella hora exhalando su aliento perfumado, regalo de los sentidos.

Llegaron los coches a la ganadería con un rumor de sonajas y de risas en el que Paco, cada vez más asustado a medida que se acercaba el momento de probar sus facultades, ponía su nota triste.

Comenzó la fiesta soltándose un novillo con el que jugó «el Rondeño» haciendo gala de su arte, mientras Varillas, sin fuerzas para ponerse delante del bicho, dábale ánimos con tragos copiosos de aguardiente.

—No seas cobarde—le apostrofaba el señor José—. Vamos a ver si te han servido de algo mis lecciones.

Mal que bien, empujado por el viejo, Varillas echóse al ruedo, y, al encontrarse cerca del novillo, empezó un baile desarticulado, sacudiendo la capa como si quisiera limpiarla de polvo, hasta que la bestia, harta al fin de aquel

monigote interpuesto en su camino, lo achuchó. Paco entonces creyó enloquecer; azuzado por el miedo corrió, cayó, levantóse, volvióse a caer y no pudo respirar hasta hallarse fuera del alcance del bicho, entre los brazos del señor José, que hubo de recogerlo casi desmayado.

—Míreme bien por la parte posterior, que me parece que se me salen los intestinos—gemía el pobre hombre.

El señor José rasgó los fondos del pantalón del aterrado Varillas, arrancando como cosa de media arroba de lana.

—¡Gachó, pues no eres tú *naide* defendiendo las asentaderas!

La fiesta seguía en tanto. Detrás de la barreira, Rosario desorbitaba los ojos viendo las fases de la brega del «Rondeño». Había en su actitud una devoción en la que intervenían todos sus sentidos, embriagados por el arrojo con que el hombre buriaba a la bestia, jugando entre sus cuernos afilados como puñales.

Retiraron el novillo y Manuel se acercó a su prima.

—¡Qué bien toreas!

En las palabras de la joven palpitó la emoción carnal de la hembra que desea rendirse al héroe.

—Me gustaría verte con un toro mayor—añadió.

—Ahora mismo mandaré que lo suelten.

—¿Te vas a exponer por mí?

—Mirándome tú—le dijo Manuel—no hay miedo de que un toro me coja.

Y de nuevo hizo alardes de valor lanceando un toro de lidia, tributo de admiración ofrecido a la belleza de su prima, que respiraba afanosamente, roja de gozo y con los ojos encendidos de ardor sensual.

Garrocha no perdía ninguno de estos incidentes. Antes que nadie advirtió la corriente de amor que se había establecido entre Rosario y el torero, y resolvió utilizarla en provecho propio, para vengarse así del mayoral.

—¿Te has fijado cómo le gusta a tu novia ver torear a su primo?—preguntó Garrocha al vaquero poniendo en las palabras una intención ruin.

—¿Por qué me dices eso?

—*Na...* por un si acaso.

—¿Sabes tú algo?

—No vayas tan de prisa. Era un consejo.

Rafael miró a Rosario y la arruga de una inquietud surcó su frente.

Varillas en tanto luchaba con el señor José resistiéndose a volver al ruedo. Creía haber dado pruebas bastantes de sus facultades, y no quería desgraciarse antes de salir al ruedo de una verdadera plaza formando en la cuadrilla del «Rondeño». Y cuando de regreso de la tiente, el padre de Carmela le dijo burlescamente:

—De mucho te creí capaz, pero tanto no me lo esperaba. Paco, sin inmutarse, repuso:

—Hombre... ¡es que miraba aquel toro de una manera!..

En la noche de aquel día, Rafael fué a la reja de su novia. Esta esperábele como a desgana y a desgana le oyó. Parecía impaciente. En su rostro se dibujaba una mueca de disgusto.

—¿Qué tienes?—preguntóle él.

—¿Qué he de tener? Figuraciones tuyas.

—No es cierto, Rosario. A ti te pasa algo.

¿No me lo quieres decir?

—Si es un capricho...

—Un capricho no; es una necesidad. *Pa* mi no hay nadie en el mundo más que tú y *toi-*



Rafael miró a Rosario y la arruga de una inquietud surcó su frente.

to lo que te pasa tengo de saberlo si no quieres que me muera.

—Hijo, te ha *dao* fuerte.

—No te burles, Rosario. Mi cariño no entiendo de bromas. Es tan hondo que lo llevo *metido* en el corazón y no se puede arrancar sin arrancarme la vida.

Rafael se calló. Miraba a su novia con una angustia inmensa.

—Dime ¿qué tienes?—volvió a insistir.

—Lo que tengo es sueño... Mira, retírate. Estoy muy cansada y quisiera acostarme.

El vaquero volvióse a la ganadería. Una dolorosa pesadumbre le oprimía el ánimo. En su pensamiento comenzaban a luchar la duda y el temor.

—No sé lo que le pasa hoy a Rosario—le dijo a Garrocha con un ingenuo deseo de que el amigo le consolase.

—Son tan raras las mujeres... pero no pienses que Manuel tenga nada que ver en esto.

El mayoral miró a Garrocha vacilando.

Y era la casualidad, prevista por los primos, la que en aquel instante hacía pasar al «Rondeño» al pie de la reja de Rosario, y era la casualidad la que mantenía en vela a la muchacha, sin acostarse aún, abiertas las ventanas y sentada en el aféizar, como si esperase a alguien.

Sonaron pasos apagados arrastrándose por el suelo. «El Rondeño» separóse con presteza de la reja y apareció Rafael.

Las insinuaciones maliciosas de Garrocha, despertándole al recelo, habíanle hecho volver al cortijo. Pero vió cerradas las ventanas del cuarto de su novia y un suspiro de satisfacción alivió sus inquietudes.

De regreso en la ganadería buscó a Garrocha y le dijo:

—Manuel sabe que quiero a cegar a Rosario y es incapaz de hacerme una traición.

Y en la noche azul sonaron estas palabras como un lamento que llorase la muerte de una esperanza infinita.

Sobre el cortijo tendíanse las sombras. De pronto oyóse un largo maullido al que respondió, como un eco, otro más liviano.

Varillas se acercaba arrastrándose hacia la puerta de la casa, donde ya lo esperaba Carmela, y los dos llamábanse mayando de una manera lamentable.

El señor José despertó. A sus oídos llegaron distintamente las quejas de los mininos.

—Aquí hay gato encerrado—se dijo.

El viejo cogió una tranca y avanzó cauteloso, sorprendiendo a su hija y a Paco que, ajenos a todo cuidado, sostenían su primera plática de amantes.

Súbitamente los lomos de Varillas fueron sacudidos por un estacazo y otro luego y otro después... Aquello parecía no tener fin.

Corrió el pretendiente de Carmela y los pallos menudearon en sus espaldas ronchándose las. Sin saber donde ocultarse, ciego por la paliza, Varillas tropezó cayendo dentro de la taza de una fuente.

El señor José y Carmela lo extrajeron convertido en una compresa.

—¡Si es que estaba ensayando una suerte nueva!—exculpóse el apaleado.

—Pues ha sido una suerte—replicóle el señor José—que te haya *dao* flojo.

El mordiente de los celos íbase cebando poco a poco en el corazón del mayoral. Rosario, cada vez más desenamorada, contribuía a excitar sus sospechas... Ella y su primo apenas si se recataban, buscándose el uno al otro

y manteniendo una actitud falsa de disimulos y recelos en presencia de Rafael.

Así las cosas, la familia del cortijo trasladóse a Sevilla en cuyas ferias debía torear «el Rondeño».

La ciudad del Guadalquivir adornábase con randas fastuosas de luz y de flores para celebrar la Semana Santa. Toda la pompa católica, toda la voluptuosidad de un pueblo de sangre bulliciosa y ardiente y toda la furia del sol andaluz aunábanse alumbrando los sedimentos ocultos en el alma de esta raza vehemente y sensual.

Celebrábase una de las procesiones conmemorativas de los sucesos del Calvario. Desde una terraza, los cortijeros, acompañados del mayoral, vieron avanzar las filas sombrías de los «nazarenos». Una multitud sofocada y jocunda llenaba con su algarabía las calles del tránsito.

De pronto la voz de Rosario, elevándose sobre los rumores de la muchedumbre, arrojó una saeta, como si arrojase una rama florecida desgajada del árbol de la piedad, al paso de la Dolorosa:

*“En la calle de la Amargura,
Cristo a su madre encontró;
no se pudieron hablar
de sentimiento y dolor.”*

La voz llena y extensa de Rosario desgranó las notas dolientes del cancionero religioso andaluz, hecho de sollozos y de gritos, de quejumbres y de exclamaciones triunfales...

Manuel y el vaquero aspiraron con todos sus sentidos el goce espléndido de la saeta. En la expresión del «Rondeño» reflejábase el ansia brutal de los deseos insatisfechos, sin preocuparse del escarnio que lanzaba sobre el amigo al sentir de tal manera, mientras en el

rostro de Rafael palpitaba la devoción fervorosa del hombre que ha hecho del cariño de una mujer la razón de su existencia.

Días después llegaba él de la primera corrida de la Feria. En el patio de la casa, que ocupaba la familia de Manuel, habíanse reunido los parientes y amigos del diestro. Entre ellos, Varillas parecía triste y descorazonado.

—¿Pero no vas a vestirme?—le preguntó la señora Prudencia.

—¡Si no puedo!—exclamó Paco gimoteando.

Hizo una pausa, reunió sus ideas dispersas y añadió lastimeramente:

—Anoche nos enredamos, y ronda va y ronda viene, nos bebimos mi traje, que está empeñado.

La señora Prudencia, después de pensar que Varillas—el cual había sido al fin aceptado por los padres de Carmela como cortejo de su hija, después de ingresar como peón de brega en la cuadrilla del «Rondeño»—merecía ser apaleado de nuevo por su marido, le dijo dándole unas monedas:

—Anda, poca vergüenza, desempeña el traje y vístete enseguida.

En su cuarto el «Rondeño» estaba ya vistiéndose el traje de luces. Su pensamiento inquieto oscilaba yendo de la idea de sus nacientes amores con su prima al temor del riesgo a que dentro de poco se vería expuesto en la plaza, y en su ánimo vencía el deseo de triunfar una vez más para ofrecerle el triunfo a Rosario.

Manuel no se acordaba de la deuda de gratitud que contrajera meses antes con el vaquero.

Al mismo tiempo, en el patio, Garrocha dábase maña para irritar los celos despiertos del mayoral.

De la casa salieron el «Rondeño», Varillas

y Rosario. Detrás de ellos aparecieron el señor José, su mujer y Carmela.

Acercábase el instante de la despedida, cuando el torero marchó hacia el coso, dejando tras sí una estela de angustia.

—¡Que Dios te haya *dao* tino con tus toros! —dijo Rosario a Rafael.

El mayoral creyó presentir en aquellas palabras, que revelaban un miedo inaudito por la suerte del «Rondeño», su propia desgracia, y con voz bronca repuso:

—Mis toros son como yo; pelean siempre de frente y no engañan ni hacen traición.

—¿Por qué habrá dicho eso?—preguntó Manuel a su prima.

Y mirándola a los ojos, latiendo de afanes inmensos, con un frenético deseo de abrazarla allí mismo, delante de todos, murmuró:

—¡Rosario! ¿Para qué callar? ¿O es que aún quieres a Rafael?

Ella alzó el rostro moreno que pedía el beso, y con blando decir repuso:

—Tal vez lo quise... pero hoy no quiero a nadie más que a tí.

Después de marcharse los toreros, la familia del «Rondeño» fué a rogar por él ante la imagen de una Virgen. Carmela encendió unos cirios y se arrodilló. Oyóse un sollozo. Los viejos sintieron que la congoja oprimía sus almas y de sus ojos resbalaron las lágrimas de la zozobra.

De pronto sonó un grito en el patio. Allí estaba el mozo de estoques pálido, jadeante y aspeando los brazos con desconsuelo.

—¿Qué ha ocurrido?—preguntó Rosario.

En aquel instante entraron dos hombres conduciendo en una camilla al «Rondeño», herido gravemente.

Rosario abanlanzóse a su primo lastimando el aire con un largo gemido.

—¡Dios mío! ¡Ha muerto mi Manuel!

Al oír estas palabras, el vaquero sintió como se desplomaba el castillo de sus ilusiones. Miró con espanto a su novia y, sacudiéndola de un brazo, rugió:

—¿Tuyo dijiste? ¡Repítelo!

Había en su actitud la potencia siniestra de



—¿Tuyo dijiste? ¡Repítelo!

los homicidas. Era su ademán el del hombre que mata por celos y es capaz de arrancarse el corazón y de pisotearlo antes de consentir que nadie le arrebatase su hembra.

Garrocha lo contuvo.

—Lo primero es lo primero, Rafael. Ahora tenemos que preparar a los viejos antes de darles la noticia.

El mayoral volvióse a Rosario y con palabras ásperas, en las que palpitaban ansias de muerte, dijo:

—Si es verdad lo que pienso... ya puedes rezar por él.

*
*
*
III

Después de la revelación con que Rosario secó las fuentes de su cariño, Rafael volvióse a la ganadería.

La cogida de Manuel no había tenido la importancia que se le atribuyó en un principio; sin embargo, hubo de guardar cama algún tiempo, permaneciendo en Sevilla hasta la convalecencia.

Mientras duró su enfermedad, Rosario no se apartó de su lado y ahora, en vías de franca curación, era su lazarillo.

Los dos siempre juntos, sin trabas que se opusieran al imperio de sus pasiones, entregábanse a su amor. En la calma de aquellos días sevillanos, ella hacía oficios de saludadora, como si conociese la virtud curativa de las palabras y el bálsamo de las caricias que devuelven el vigor a los enfermos.

Y allá, en la ganadería, Rafael suplicíabase con el ardoroso pensamiento de la traición de que le había hecho víctima el amigo a quien salvara la vida arriesgando la suya propia.

De cuando en cuando Garrocha vertía en sus oídos las frases que debían servir para lanzarle a los abismos del crimen.

—Prudencia ya has *tenío*.

—No ha *sío* prudencia—repuso con altanería el mayoral—. Tú espera a que el «Rondeño» se reponga y vuelva al cortijo.

Desde este momento Garrocha dióse a buscar coyuntura favorable para ponerlos frente a frente.

Mientras, los amores del torero con su prima precipitábanse por el cauce de los locos sueños abierto en sus almas.

La señora Prudencia fué la primera en advertir la intimidad de las relaciones de su hijo y Rosario, llamándole la atención a su marido, que no le hizo caso, como si estuviera ciego para ver las sombras que comenzaban a cerrarse sobre su casa.

Restablecido ya de sus heridas, Manuel acordó con sus padres regresar al cortijo. Conveníale un poco de vida en el campo para recobrar totalmente las energías que perdiera a causa de la cogida.

Con este traslado se reanudaron los apacibles quehaceres de la antigua existencia, sin que nada viniese a turbarlos.

Sólo Carmela suspiraba pendiente de la hora en que su novio debía pedirla en matrimonio, lo que hizo Varillas en un estado de embriaguez fundamental, sentándose en el suelo cerca del señor José, que tampoco podía tenerse derecho hinchado como estaba de vino.

Pero disculpemos a Varillas, que recurrió a la bebida para darse ánimos y disculpemos también a su futuro suegro, que no tuvo más defecto que ese en su vida.

Días más tarde, con motivo del cumpleaños de la madre de Carmela, organizóse una fiesta en el cortijo.

Fué este un pretexto para que se desbordase el entusiasmo de la gente joven que acudió a felicitar a la señora Prudencia.

Alguien pidió de pronto:

—Que baile Carmela.

La novia de Varillas quiso resistirse, mas dejóse vencer por los ruegos y bailó.

Ella poseía la gracia rítmica. En la danza su cuerpo vibraba con el fervor de una bacante. Estilizábase su figura descomponiendo las fórmulas de los viejos bailes y sus líneas puras recortábanse con la elegancia clásica de

una sacerdotisa que ofreciese culto a la graciosa deidad de los pies ligeros.

Con el baile se animó la fiesta. Manuel, sintiéndose fuerte, gustaba el encanto de amar a su prima, a la que el cariño del torero mantenía en un estado constante de exaltación, con toda su sensibilidad de mujer pronta a romper los diques de la continencia para caer en los brazos del hombre que supo rendirla con su arrogancia y con su valor.

Sirvióse una ronda y Rosario puso en las manos del «Rondeño» el vaso en que acababa de beber.

Súbitamente, abriéndose paso a empujones, surgió el mayoral, quien, llegando hasta el torero, arrancóle el vaso, que arrojó estrellándolo contra las losas del piso.

—En esta copa —dijo— no bebe nadie. Porque el que se atreviera a hacerlo, lo mismo que he roto ese cristal, le rompería el corazón.

El «Rondeño» abalanzóse al mayoral y la gente se interpuso entre los dos.

—Déjalo *pa* luego —le dijo Garrocha—. Vámonos; aquí no podrás vengarte.

Era verdad. Allí él no podría pedir cuentas de su traición al hombre a quien salvó de la muerte.

Rafael se hizo atrás, pero antes de marcharse, le gritó a Rosario:

—Te juro por lo que te he *querio* que me las has de pagar.

Este incidente puso en la fiesta su mueca trágica, haciendo agonizar la alegría.

El padre adoptivo del «Rondeño» comprendía, tarde ya, la razón que asistió a su mujer cuando le previno acerca de las relaciones de su hijo con su sobrina. La aparición de Rafael y su brusca arrancada de toro bravo descu-

bríanle ahora el peligro a que estaba expuesto Manuel si no se lograba cegar la zanja de odio interpuesta entre los que hasta entonces habían sido amigos.

Por fortuna al día siguiente, el «Rondeño» debía marcharse a cumplir diversas contratas en distintas plazas de la península.

No quiso, sin embargo, el señor José poner su confianza en este viaje y procuró alejar la



El «Rondeño» abalanzóse al mayoral y la gente se interpuso entre los dos.

tormenta amenazando a Rosario si, por su culpa, le sucedía algo a su hijo.

—Si Manuel y Rafael se pelean, a ti lo tendremos que agradecer.

—¿Es que cree que yo me he *portao* mal? —preguntó Rosario.

—No creo *na...* más que lo que he visto.

—Pues entonces lo mejor será que me marche de aquí.

—*Cuidao* con levantar el vuelo, paloma.

—Yo no quiero que por mí haya disgustos. Si mi primo me buscó no ha *sío* porque yo lo llamase.

—La verdad tú y él la sabréis. Pero oye: como a Manuel le *sucea* una desgracia ¡no te salva ni el recuerdo de tu madre!

El viejo formó cruz con el índice y el pulgar y, besándola, concluyó.

—¡Míralas, por estas te lo juro!

El señor José pensaba que de esta manera ella rehuiría al «Rondeño», volviendo de nuevo sus afanes de hembra inquieta hacia el antiguo novio.

Pasado el susto, la alegría animaba otra vez la fiesta. Sonaban las risas rotundas de las mocitas con ganas de pelea y las voces de los hombres que las acosaban. En los giros del baile las parejas simulaban lances de amor. Y en las gargantas de los amantes clarineaban gritos de triunfo...

Manuel encontró llorando a Rosario.

—¡Qué va a ser de mí cuando tú te vayas!— exclamó ella al verlo.

Oculto tras un macizo de verdura, Garrocha, que los espiaba, aguzó el oído.

—Hay un remedio para todo esto—dijo él.

—¿Cuál?

—Mañana al amanecer te espero aquí; montas a la grupa de mi jaca, y a correr y a ser felices.

—Me da pena de los viejos.

—Quédate entonces.

—No, no; me iré contigo.

Minutos después Garrocha llegaba a la ganadería y buscaba al vaquero para re erirle la conversación que había sorprendido.

—Si tú no lo evitas mañana el «Rondeño» se lleva a Rosario.

—¿Estás seguro?

—De allá bajo vengo, donde me enteré por ellos mismos.

Rafael se irguió. Por sus ojos cruzaron las llamaradas rojas que encienden las pupilas de las bestias enfurecidas. Sentía hervir la sangre en sus venas y herido el pensamiento por el rayo de una idea brutal.

—Pronto, prepárame el caballo y espérame en la cañada—dijo.

A todo esto concluía la fiesta en «El Olivar»... Por los campos revolaban los cantos de una tierra en la que se ensalzan los crímenes por celos, tierra de sol en que las flores tienen manchas de sangre y en la que late en las almas una salvaje acometividad para defender el amor de la mujer...

Empezaba a clarear el día cuando el «Rondeño» se acercó a la reja de su prima.

Rosario permanecía vestida aún, vacilando entre acceder a los deseos del torero, que eran también los suyos, o seguir viviendo cerca de los viejos que con tanto cariño la habían acogido.

...Por su imaginación discurría la esperanza, y ella soñaba con un paisaje luminoso en el que su amor podría vivir horas inefables al lado de Manuel...

Llamaron a la ventana. Allí estaba el «Rondeño» esperándola, y Rosario dejó de vacilar.

Cautelosamente, ella y él deslizaronse procurando no producir ruido, encaminándose al lugar donde les esperaba el caballo que debía conducirles al país de sus ilusiones.

Marchaban unidos, gustando ya el encanto de sentirse juntos...

Inesperadamente salióles al paso Rafael.

—Queríais marcharos sin despediros—dijo con voz agarrotada por el furor—. Pues aquí estoy yo para no dejaros pasar.

Rosario quiso interponerse entre los dos rivales y el vaquero la apartó de un manotazo.

Los dos hombres quedaron frente a frente.

—Para marcharte con esa—añadió Rafael—



Cumplida quedaba la ley de sus instintos castigando con la muerte la traición.

tienes que quitarme antes la vida y luego pasar sobre mí.

El «Rondeño» sintióse arrebatado por la fiebre del odio.

—Pues si así lo quieres... pasaré sobre tí—gritó con voz ronca.

Navaja en mano, sedientos el uno de la vida del otro, Rafael y el torero se acometieron.

Comenzó entonces una lucha bárbara, en la que aullaron los rencores primitivos, desbordándose los oscuros fondos de las pasiones humanas. En los dos existía el mismo deseo de suprimirse, y en sus manos brillaba el acero dando reflejos de muerte...

...Cayeron enlazados. Con los cuerpos honzando en la tierra siguió la lucha.

De pronto alzóse la diestra vengativa de Rafael y la hoja de su navaja sepultóse en el corazón del «Rondeño».

Frió, mudo, siniestro, se alzó el mayoral.

Cumplida quedaba la ley de sus instintos castigando con la muerte la traición.

—¿Qué vas a hacer ahora?—le preguntó Garrocha, espectador silencioso de aquel crimen que él había provocado.

—Irme a la sierra a vivir con las fieras y a pelear con los hombres que son los únicos que engañan.

En aquel instante Rosario, que se había desvanecido al empezar la lucha, volvió en sí. Al no ver a su amante presintió su desgracia.

—¿Y Manuel?—gritó dolorida.

—¡Mírale! Lo mismo que supe salvarle la vida he sabido quitársela.

La mujer echóse sobre el muerto queriendo hacerlo revivir, llamándole, poniendo sus labios macerados por los gemidos sobre el rostro espectral.

Y el vaquero, después de mirar por última vez a la mujer por la que un hombre acababa de morir y otro se perdía a los puros goces de una existencia apacible, montó en su caballo y galopó camino de las sierras lejanas donde no impera otra voluntad que la del más fuerte ni otra ley que la que a sí mismo se dicta el hom-

bre que ha roto sus lazos con la sociedad y se dispone a vivir luchando contra ella.



FIN.

(Prohibida la reproducción)

(Revisado por la censura militar)

Próximo número

La película sin título

La finísima producción cuyo título ha de elegir el público conforme a las bases de un concurso organizado por el rotativo "LAS NOTICIAS", de Barcelona, con un premio de mil pesetas.

POSTAL-FOTOGRAFIA: TOM MOORE

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Sale todos los miércoles.

Precio, 25 céntimos

GRAN ÉXITO del último libro de

Los Grandes Pelms

EL TRIUNFO DE LA MUJER

Pronto: EL PRISIONERO DE ZENDA

E. VERDAQUER MORERA.—TOPETE, 16.—TARRASA